discursofuneral.es

Buenas tardes.

Gracias por acompañarnos en esta misa de cuerpo presente para despedir a mi madre, Rosa María Fernández Sánchez, nuestra querida Doña Rosita. Soy Álvaro, su hijo menor, y me presento ante ustedes con profunda admiración y respeto por la fortaleza que la definió toda su vida.

Mi madre nació en León, un 2 de noviembre de 1958. Desde muy joven entendió que el cuidado digno y la compasión podían ser una vocación. Con esa convicción se trasladó a Madrid para estudiar enfermería, y acabó entregando cuarenta años de su vida a un hospital público. Allí, en el silencio de los pasillos y en la cercanía de las manos que temblaban, Doña Rosita encontró su lugar: el cuidado paliativo. Ella sabía dar consuelo cuando faltaban las palabras, sabía ofrecer paz cuando el cuerpo ya no podía más. Su fe, vivida con sencillez, y su responsabilidad inquebrantable eran faro para pacientes y compañeros.

En casa, su entrega era igual de grande. Madre de tres hijos —Miguel, Teresa y yo—, abuela orgullosa de Inés y Paula, hermana leal de Belén, fue pilar de nuestra familia y, también, de su barrio. Hacía de lo cotidiano una fiesta serena: organizaba meriendas vecinales donde todos se sentían en casa, cuidaba plantas con una paciencia que parecía oración, escribía cartas que todavía vuelen a tinta y a abrazo. Y cuando sonaba Bach en el salón, todo cobraba un orden distinto, como si el mundo respirara con ella.

Era valiente y honesta. Trabajadora incansable. Pero, sobre todo, tenía una paz interior contagiosa. Esa paz no era ausencia de lucha, era la calma de quien ha elegido el bien una y otra vez. Recuerdo un día de lluvia en el Camino de Santiago, caminando a su lado. Íbamos empapados, con los pies cansados, y yo le pregunté qué le sostenía. Me habló de la esperanza, no como idea, sino como paso a paso: “Hijo, la esperanza se camina”. Aquella frase me acompaña aún

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

hoy, igual que el sonido de la lluvia en su chubasquero y su sonrisa serena mientras compartíamos un trozo de pan.

Mi madre creía en la dignidad del cuidado. Decía que cada vida merece ser mirada a los ojos. Esa mirada la ofreció a sus pacientes, a sus vecinos, a nosotros. Cuando la casa ardía de preocupaciones, su consejo era un remanso: claro, sereno, oportuno. La llamábamos y, de pronto, lo urgente encontraba su sitio y lo importante quedaba a la vista. Eso es lo que más extrañaremos: su manera de ordenar el mundo con una palabra justa, con un gesto sencillo, con la ternura de una taza de té que siempre llegaba a tiempo.

Fue mujer de fe discreta, que prefería vivirla antes que explicarla. Su fuerza no hacía ruido, pero sostenía. Y nos enseñó a mirar el dolor con humanidad. Gracias, mamá, por ese ejemplo de servicio. Por recordarnos que la compasión no es una teoría, sino manos que ayudan, oídos que escuchan y pies que no se cansan de caminar junto al que sufre.

Hoy, en medio del duelo, queremos celebrar su vida. Celebrar a la enfermera que acompañó el final de tantos con dignidad. A la madre que nos enseñó a poner nombre a lo esencial. A la abuela que convertía los domingos en música. A la vecina que abría la puerta como si abriera un refugio. A la peregrina que, bajo la lluvia, me habló de esperanza.

Miguel, Teresa: seguimos siendo el equipo que ella formó. Inés y Paula: vuestra abuela vive en cada carta que guardamos, en cada planta que florece, en cada merienda compartida. Belén: su abrazo permanece en la familia que levantasteis juntas. Y a todos los que la quisieron en el barrio y en el hospital: gracias por reconocer en ella lo mismo que nosotros vimos siempre, una mujer buena y valiente.

Hoy la despedimos con gratitud. No negamos el dolor, pero tampoco ocultamos la luz con la que nos alumbró. Cuando escuchemos a Bach, cuando reguemos una maceta, cuando un vecino llame a nuestra puerta, cuando el camino se haga cuesta arriba, sabremos qué haría Doña Rosita: caminar con esperanza,

ofrecer una palabra serena y hacer, de cualquier rincón, un hogar.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Descanse en paz, mamá. Nosotros seguiremos tu paso: con honestidad, con trabajo, con esa paz que nos regalaste. Y, cuando llueva, recordaremos que la esperanza, como nos enseñaste, se camina. Gracias por todo.

Este discurso fue creado con discursofuneral.es.Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora endiscursofuneral.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es